

Para: Marta Ruiz Varela <martalyrical89@bootmail.com>
De: Gerónimo López Torres <guitar_gero@yooxie.com.nx>
Lunes, 28 de junio de 2021

Asunto: Este podría ser mi último e-mail

Tal vez te parezca raro que te esté escribiendo después de todos estos años. Yo tampoco tenía muy claro a quien iba a escribirle, pero cuando abrí la aplicación del correo tú fuiste la primera que me vino a la mente. Tal vez sea porque, aunque no hemos hablado desde 2016, para mí tú sigues siendo una de mis mejores amigas de toda la vida...

Además, tú me dijiste una vez que ibas a ser mi biógrafa, ¿no?, así que creo que eres la más adecuada para leer lo que estoy a punto de contarte:

Creo que me voy a morir esta noche. No estoy 100% seguro pero sí un 90%. Y si no me muero esta noche, tal vez me muera mañana. Estoy realmente asustado.

Todo comenzó el pasado viernes por la tarde. Ese día, como a eso de las 6, se soltó un aguacero muy fuerte, el primero del temporal, con aguaviento y tormenta eléctrica. Muy fuerte en verdad, pero lo más espantoso de todo fue que a mitad del aguacero cayó un rayo en mi patio que hasta me fundió los fusibles y me dejó sin electricidad durante varias horas. Tronó extremadamente fuerte, se escuchó como si hubiera explotado una bomba en mi patio, por eso quedé ciscado y no quise cambiar los fusibles hasta la noche, cuando la lluvia había parado completamente.

A esa hora, después de cambiar los fusibles, salí con la linterna de mi celular a revisar el patio para ver qué daño había causado el

rayo. Encontré rápidamente el punto donde había caído: un círculo de pasto chamuscado, justo donde había plantado la flor que me regalaste. Sí: el rayo cayó exactamente en la corona de Cristo blanca que me diste cuando te fui a visitar a tu pueblo. Y pensar que había logrado sobrevivir al viaje en avión, al cambio de clima y al repentino cambio de estación...

Sin embargo, la verdad es que me sorprendió mucho ver que ese había sido todo el daño que había causado el rayo. Ya habían caído anteriormente otros rayos cerca de la casa y ninguno se había escuchado como el del viernes. Siempre me había parecido que el sonido de los rayos era como el de látigos enormes que seguían zumbando y crepitando incluso después de impactar contra el suelo, pero como te dije arriba, este otro se había escuchado como una explosión. No me habría sorprendido salir y ver que una parte de la barda se había derrumbado, pero no, aparentemente solo había sido tu flor y la parte del pasto que la rodeaba.

Volviendo de regreso a la casa vi una cosa que me pareció extremadamente curiosa y me puso de buen humor: un hilo blanco muy largo, iluminado por la luz que llegaba desde dentro de la casa, colgaba desde el colado de la planta baja, moviéndose de un lado a otro por el viento, que no dejaba de soplar como advirtiéndome que la tormenta se reanudaría en poco tiempo.

¿Sí sabes lo que es un colado? ¿Se les dice así en tu pueblo?: Se trata de esa plancha de cemento muy compacto que se coloca en los techos de las casas. Dicho de otro modo, el hilo blanco colgaba desde la parte exterior de esa plancha que es al mismo tiempo techo de la planta baja y suelo de la planta alta.

La imagen me devolvió a mi infancia, cuando los albañiles apenas estaban construyendo el piso de arriba e hilos como ese colgaban en varias partes del colado. A mi hermano y a mí por

alguna razón nos daba mucha risa verlos, y aunque éramos muy pequeños, también nos daba mucha tentación estirarnos hasta alcanzarlos para jalarlos y arrancarlos de ahí. Una vez, de más grande, pude treparme hasta alcanzar uno de ellos (en un colado diferente) y al jalarlo me quedé impactado de lo fuertes que son y lo firmemente sujetos que quedan al cemento.

Lo que te voy a contar ahora ocurrió en unos pocos instantes y lo hice de forma totalmente irreflexiva, pero ya sabes que no existe manera de escribir que pueda representar las cosas que ocurren simultáneamente (tú fuiste la que me abrió los ojos a ese hecho):

Estiré la mano, movido por ese impulso de mi infancia, para tomar el hilo entre mis dedos. Este, jaloneado de un lado a otro por el aire, se me escapó un par de veces, pero pude finalmente atraparlo. Ahí, cuando lo tuve entre el pulgar y el índice, noté que del hilo emanaba un calor *fisiológico*, lo que me hizo empezar a sentir un escalofrío. Jalé del hilo, esperando sentirlo tan fuerte como el que te dije arriba, pero este cedió rápidamente, reventándose muy cerca de donde yo lo sostenía.

Inmediatamente, mientras yo todavía tenía la parte reventada en la mano, del hilo que aún colgaba del techo provino un quejido terrible, en una voz grotescamente humana, algo parecido a "*aunnnnng*". En el momento en que escuché eso, sacudí violentamente mi mano para soltar el fragmento que se había desprendido y corrí hacia adentro de la casa, sintiendo el mayor escalofrío que haya sentido en mi vida.

Una vez adentro, me lavé las manos frenéticamente en la cocina, tratando de arrancarme el recuerdo de ese calor que se me había pegado a los dedos.

¿Cómo te ha ido a ti con la pandemia, por cierto? Me imagino que te habrás vuelto igual que yo, obsesiva con la limpieza. Hasta el

día de hoy, tu panadería sigue siendo el negocio más limpio al que he entrado en mi vida. Y tú, la dueña, nunca estabas menos pulcra que ella.

Recuerdo que te la pasabas disculpándote conmigo por no poder sacarme a pasear más seguido y que yo te respondía con total sinceridad que no te preocuparas, que no había ningún problema. Y es que de verdad era un gustazo poder pasar todo el día ahí, contigo, ayudándote con la venta, platicando con tus clientes (¡hasta con doña Úrsula, que a ti te caía tan mal por metiche, jajaja!), oliendo el perfume de los panes, cantando nuestras canciones en los ratos libres...

Esa noche tenía muchas cosas que no había podido terminar porque se fue la luz, así que me puse a hacerlas y la verdad es que se me terminó olvidando el tema. No volvió a llover.

A la mañana siguiente, salí otra vez a inspeccionar el patio y confirmé que de verdad el único daño parecía haber sido lo que ya te comenté. Cuando volvía para la casa vi otra vez el Hilo (ese nombre le puse), moviéndose de un lado a otro como la noche anterior, aunque esta vez el viento no soplabá. Me agaché para buscar en el suelo el pedazo que le había arrancado, pero no pude encontrar nada. Después de un rato, decidí finalmente olvidarlo y regresé adentro para hacerme algo de desayunar.

Me preguntaba en ese punto qué iba a hacer para deshacerme del Hilo. Consideré también la posibilidad de no hacer nada, de dejar que estuviera ahí y simplemente mantenerme a una distancia prudente de él (después de todo, ¿qué daño podía causar una criatura como esa?), pero abandoné rápidamente esa idea cuando abrí el refrigerador y escuché nuevamente ese horrible quejido:

"Aunnnnng"

De la puerta de mi refrigerador, enredado en la tapa del cartón de leche, colgaba otro Hilo que se retorció asquerosamente. Pude ver también al fondo su otro extremo, agarrado a una rendija del ventilador y contorsionándose sobre mi comida. Cerré de un portazo el refrigerador, aguantando las ganas de vomitar, y no lo he vuelto a abrir desde entonces.

Tomé inmediatamente la decisión de llamar a los fumigadores. Abrí una pestaña de duckduckgo para buscar el número de teléfono mientras que en otras tres o cuatro escribía diferentes descripciones del Hilo para saber qué decir cuando llamara, pero no pude encontrar ninguna información sobre la criatura, así que opté por decirles simplemente que se trataba de una plaga de gusanos.

Marqué desde el teléfono fijo el número de la empresa y me atendió una secretaria que me dijo que el día sábado solo trabajaban medio día y que no me podían atender. Me ofreció agendarme una cita *¡para mañana, martes!*, y a pesar de que le estuve rogando mucho tiempo no quiso ayudarme. Todo lo que me dijo fue que tratara de rociar a los gusanos con el insecticida más potente de la tienda y me pidió que le confirmara si iba a querer agendarles para el martes. Yo, sintiéndome humillado, sin contestarle azoté el auricular en el aparato solo para escuchar nuevamente ese "*aunnnnng*" que me estremeció hasta los huesos: mientras llamaba al control de plagas, un Hilo había llegado sin que me diera cuenta hasta el aparato de teléfono y el golpe del auricular lo había cortado en tres partes, que no dejaban de retorcerse.

Volví a sentir ese calor fisiológico en mis nudillos, pues el pedazo más corto había quedado entre mi mano y el aparato del teléfono. Una sustancia viscosa manaba de sus dos extremos e hizo que se pegara a mi mano cuando la quité. Totalmente asqueado, sacudí

mi mano de arriba a abajo, pensando solamente en quitármelo de encima.

El Hilo, a pesar de ser delgado y frágil, es mucho más pesado de lo que aparenta, lo que hizo que el pequeño fragmento saliera despedido desde mi mano hasta la puerta de la bodega, a unos metros de donde estaba yo. Se impactó contra ella y se quedó pegado ahí, retorciéndose. Emitió un quejido débil, algo así como "nnng".

¿Sabes qué es lo peor de todo? Que la voz de estas porquerías se parece demasiado a la voz de mi difunto abuelo, que en paz descansa. Cada vez que la recuerdo, no puedo evitar sentir que así sonaría mi abuelo si alguien lo golpeara hasta dejarlo moribundo.

Mi abuelo... Él se emocionaba mucho cuando le hablaba de ti. Le parecía muy chido que tuviera una amiga de otro país.

¿Recuerdas la vez que te lo presenté por videollamada? A él le pareciste muy bonita y siempre me decía que me casara contigo, me insistía mucho con eso. "Amárratela", me decía. Yo siempre le contestaba que solo éramos amigos.

Era buen tipo, mi abuelo. Cuando le dije que había juntado dinero para ir a verte me sonrió, y eso que él ya casi no sonreía desde que quedó postrado en la cama, pero esa vez me sonrió, y aunque no me dijo nada yo sé lo que estaba pensando.

Yo tenía claro que tal vez ese no era el mejor momento para ir a visitarte, pero tampoco pensé que mi abuelo iba a morir mientras yo estaba de viaje... Esa es la razón por la que me fui sin avisar.

No tengo palabras para explicarte lo mal que me ha hecho sentir todos estos años el haber desaparecido de tu vida justamente después de haber peleado por una estupidez, pero te juro que esa no fue la razón de mi partida. Yo tenía pensado volver a la

panadería a la mañana siguiente y pedirte perdón, pero al llegar al cuarto que me rentaba el viejo Samuel revisé mi celular y vi que tenía mensajes de toda la familia anunciándome la muerte del abuelo. Salí inmediatamente al aeropuerto, ni siquiera le avisé a don Samuel a dónde iba, mi plan era asistir al novenario de mi abuelo y luego regresar para tu pueblo, pero luego llegando aquí la vida se me fue complicando poquito a poco con cosas que la verdad ni eran tan importantes y ni siquiera vale la pena mencionar...

El mensaje que me mandaste no te lo contesté primero por falta de tiempo (necesitaba darte una respuesta larga y aquí nunca había suficiente tranquilidad) y luego porque ya me daba pena contestarte después de haberte dejado en visto tantos meses. La verdad es que yo hasta hace poquito todavía albergaba la esperanza de un día atreverme a mandar todo al carajo y aparecerme en tu panadería, y ahora ve, estoy a punto de morir y ya nunca hice nada de lo que quería hacer en la vida.

Detrás de la puerta donde se quedó pegado el fragmento de Hilo que aventé está una bodega donde guardaba todo tipo de cosas, incluyendo (si no me fallaba la memoria) una lata nueva de insecticida en aerosol. Vine a mi cuarto a buscar las llaves y cuando regresé me di cuenta de que el Hilo ya no estaba ahí. Tampoco estaban las otras dos partes que habían quedado en el teléfono. Miré para todos lados pero no vi nada, entonces volví hacia la bodega para poder sacar el insecticida y estar preparado para cuando los viera venir.

Pero abrí la puerta y me encontré una de las peores escenas que he visto en mi vida: toda la bodega estaba llena de Hilos que colgaban del techo contorsionándose asquerosamente. Un débil rumor surgía de todos ellos, "nnnnnnnnnnnnnnnn...". La bodega

estaba muy caliente: nada más abrí me golpeó una onda de calor impresionante, sobre todo porque generalmente esa bodega es la parte más fresca de la casa, especialmente en estas fechas en que hace frío por las lluvias.

Cerré de un portazo la bodega y me fui a la tienda a comprar el insecticida. Con el dinero que llevaba me alcanzó para comprar 6 latas, además de agua, varios atunes, galletas y otras cosas para comer en caso de que no pudiera salir de la casa hasta que llegara el fumigador.

Al volver, lo primero que hice fue desayunar y luego salí al patio, al lugar donde encontré el primer Hilo. Lo rocié con una buena cantidad de insecticida y primero lo vi retorcerse violentamente, para luego volver a la normalidad, como si nada le hubiera pasado. Volví a rociarlo varias veces con el mismo resultado, hasta caer en cuenta que, si existía una cantidad de insecticida que pudiera matarlos, las 6 latas no me iban a alcanzar para acabar con el problema, especialmente después de haber visto la bodega.

Me espantaba lo tupida de Hilos que había visto la bodega. Es cierto que yo no había entrado a ella en unos días, pero tampoco más de tres, y la última vez (que entré justamente a limpiar) no había notado nada sospechoso en absoluto, por lo que estas cosas tenían que tener una velocidad de reproducción impresionante.

Sobre todo, me preocupaba que lo que pasó en la bodega avanzara hacia otros lados. No me parecía para nada difícil que toda la casa se me llenara de esos bichos, así que fui a buscar mi mochila y eché dentro todas las provisiones que había comprado en la tienda, más lo que pude encontrar todavía empaquetado en la cocina. Los insecticidas los acomodé en los bolsillos exteriores de la mochila, y un par de ellos en la sudadera que traía puesta. Si se daba el caso, no podía predecir qué habitaciones iban a ser

infestadas, así que era mejor tener todas las cosas siempre conmigo.

Preparadas las provisiones, fui también al tejabán que tengo en el patio, donde guardo algunas herramientas del jardín, y tomé el machete con el que deshiero.

Una vez armado y preparado (aunque sea precariamente) di una vuelta de inspección en todos los lugares en que había visto alguno de los Hilos. Todo parecía en calma y exactamente igual que como estaba más temprano, así que decidí que lo mejor sería relajarme y no malgastar mis energías. Me puse a ver youtube en la televisión por el resto de la tarde, no sin pararme frecuentemente a corroborar que no estuviera pasando nada extraño.

Todo estuvo igual durante el resto de la tarde, pero una vez que cayó la noche ocurrió algo extraño: los Hilos, tanto los de la bodega como el del patio, se quedaron completamente verticales, inmóviles y silenciosos. Solamente el del patio se balanceaba levemente, pues soplaba un viento suave.

Estuve observándolos un buen rato, especialmente al de afuera, pero no pude notar nada más. Pensé que estarían dormidos y, aunque me pareció curioso, no le tomé mucha más importancia. Volví a la sala a ver la televisión y me quedé ahí hasta que me dio sueño, entonces me levanté para irme a mi cuarto, pasando primero a revisar los Hilos.

Ahora sí que había problemas. Del techo de la salita donde está el teléfono fijo, que es una especie de vestíbulo, colgaban ahora tres Hilos de diferentes longitudes. Afuera, en el patio, colgaban otros tres, en lugar de uno. Vi también otro saliendo desde la rendija inferior de la puerta de la bodega, cubierto de baba y moviéndose como una serpiente en cámara lenta. Mi instinto de protección me hizo correr de inmediato a tapar con toallas las rendijas de las

puertas del piso de arriba. Tapé, específicamente, dos: la de mi recámara y la de otro vestíbulo que hay arriba y por el que hay que pasar para ir a los cuartos de arriba. Creo que mi mayor error de esa noche fue no tapar también la rendija de la bodega, pero es que a pesar de la urgencia ya tenía también demasiado sueño.

"Sho casi no canto", decías tú. "Lo mío es escribir".

Tu fuerte es escribir, sin duda, pero aunque nunca te lo dije siempre he pensado que cantas como un ángel. Todavía me acuerdo a menudo de esa canción que acababas de componer en los días en que llegué a tu pueblo:

*Podría dejarlo todo, dar mi mundo por tu amor,
Solo dime que te quedas por favor...*

Cuando cantabas tus canciones mirabas hacia donde estaba yo, pero sin hacer contacto visual conmigo, como queriendo solo verme de reojo. Eso a mí me daba risa, pero luego yo hacía exactamente lo mismo, cuando te cantaba:

*Muero por conocerte
Diario sueño con tu amor
Dejar yo de buscarte
Sería mi mayor error...*

Por supuesto, yo nunca he escrito canciones tan bonitas como las tuyas, pero nunca se me va a olvidar que tú siempre me alentaste a seguir mejorando con la guitarra, cuando nadie acá me daba ni una sola palabra de ánimo.

Espero que nunca hayas pensado que si desaparecí de repente fue para seguir buscando. Las noches cantando contigo después de

cerrar la panadería son la cumbre de mi carrera. Eso anótalo en mi biografía.

Desperté escuchando el ruido de la lluvia en el techo. Hacía calor. Yo había dejado la luz de la recámara prendida, pero todavía no entraba nada de sol por la ventana. Miré mi celular y vi que eran las ocho de la mañana en punto. Extrañado, me levanté para abrir la cortina y entonces vi que afuera, enredada en los barrotes de mi ventana, una espesa fronda de Hilos recubría toda la ventana. Me colgué la mochila, tomé el machete y salí de mi cuarto hacia el vestíbulo. Entré en las habitaciones contiguas y encontré la misma escena en todas las ventanas: el exterior de la casa estaba completamente tapizado de Hilos.

Me dirigí hacia la puerta del vestíbulo a la que le había puesto la toalla. Sentí la chapa caliente cuando la tomé con la mano. Palpé la madera. También estaba caliente.

Abrí la puerta apretando el machete con la mano derecha y encontré el pasillo de las escaleras totalmente infestado de Hilos verticales e inmóviles, como lo estaba la bodega una noche antes. Me golpeó una onda de calor todavía más intensa que aquella.

Mi primer impulso fue abrirme paso entre los Hilos con el machete, pero de inmediato (al primer tajo) me di cuenta de mi error: los Hilos se quejaron en conjunto emitiendo un alarido ensordecedor, casi un aullido de dolor indecible:

“¡Auuuuuunnnng!”. Estuve a punto de desmayarme por culpa de eso y del calor tan fuerte que hacía ahí dentro. Además, en el mismo momento en que cayeron al suelo, los Hilos que corté se apresuraron a arrastrarse hacia el interior del vestíbulo.

Retrocedí y cerré la puerta, tapando la rendija con la toalla.

Los gritos tardaron todavía un rato en callarse. Puede ser que estas cosas también aíslen el ruido de acá adentro y no permitan

que se escuche nada desde fuera. Si no es así, estoy seguro de que mis vecinos están haciendo oídos sordos a lo que está pasando en mi casa (no me vendría nada mal ahora mismo tener a doña Úrsula viviendo cerca, ¿no te parece?).

De esta manera yo me explico que los Hilos se hayan podido reproducir tantísimo en una sola noche:

La luz del sol inhibe su crecimiento, pero la oscuridad de la noche lo favorece. Cuando los Hilos se quedan verticales y quietos, en realidad no están inmóviles ni durmiendo, sino que han entrado en fase de desarrollo.

Un Hilo que cuelga de un techo en condiciones de oscuridad crecerá ininterrumpidamente hasta ser unos centímetros más largo que la altura entre el techo y el suelo. Una vez que un Hilo alcanza esa longitud, se desprende por sí mismo de un fragmento de unos cincuenta centímetros, sin emitir ningún quejido. Los fragmentos desprendidos, independientemente de si lo fueron de forma natural o no, se lubricarán con una baba algo viscosa y buscarán inmediatamente la manera de trepar hacia una superficie desde la que puedan colgarse. Ahí empezarán a crecer también ellos, si están en condiciones de oscuridad.

Pienso que esta es la razón por la que perdí de vista los cuatro fragmentos que trocé los días anteriores: es probable que no haya revisado bien los techos o que los Hilos no fueran muy visibles, ya sea por haberse colocado en un lugar difícil de ver o por lo cortos que eran. Lo que no puedo entender es qué hacía y cómo llegó el Hilo que encontré en el refrigerador.

No tengo idea si cada Hilo es un organismo individual o si está conformado por varios organismos más pequeños unidos entre sí, a la manera de las solitarias. Lo que sí me queda claro es que, una vez desprendidos o arrancados, los fragmentos cobran autonomía inmediatamente y se comportan de manera

independiente. Creo que sería prácticamente imposible acabar con ellos cortándolos en pedazos. De cierta manera, dividirlos contribuye a su reproducción.

Todo esto te lo estoy diciendo a partir de lo que vi durante las horas que me quedé en el vestíbulo junto con los Hilos que habían logrado entrar.

La luz eléctrica no es suficiente para detener su crecimiento, pero a juzgar por su comportamiento, puede ser que sí lo entorpezca. El aspecto que me pareció al mismo tiempo más fascinante y más inquietante de los Hilos es que actúan coordinadamente. Como si fueran inteligentes.

La razón por la que me quedé en el vestíbulo fue que, tras cerrar la puerta, volver a tapar la rendija con la toalla y recuperarme del mareo, me di cuenta de que los Hilos que estaban ahí se habían dividido en dos grupos: uno de ellos se concentró en la esquina más cercana a la puerta, mientras que el otro había hecho una rueda alrededor de el foco. Aunque había quedado irregular por las diferentes longitudes de cada Hilo, sí habían conseguido hacerle algo de sombra al grupo de la esquina. Al principio todo me pareció demasiada coincidencia, así que tras sacar la toalla de mi recámara y tapar desde ese lado la rendija de mi cuarto, hice caer al suelo con la punta del machete los Hilos que estaban alrededor del foco, cuidando de no romperlos ni a ellos ni el foco. Cuando cayeron al suelo, inmediatamente todos treparon por las paredes hasta llegar al mismo lugar en el que estaban antes. Repetí la misma acción una y otra y otra vez con el mismo resultado. Estuve varias horas ahí, tirándolos al suelo con el machete, atento también al crecimiento del grupo de la esquina (el cual llegó a producir un nuevo fragmento que se unió al grupo del foco) hasta que quedé exhausto y convencido de que en verdad lo que buscaban era bloquear la luz eléctrica. No me atreví a apagarla para ver qué pasaba.

De todo eso saqué dos conclusiones:

1. La razón por la que hicieron esa “tela” alrededor de la casa fue para asegurarse de tener oscuridad absoluta adentro, para poder seguir creciendo sin necesidad de esperar la llegada de la noche.
2. El Hilo no es una especie agresiva. A pesar de que los estuve molestando por horas, en ningún momento ellos hicieron el intento de atacarme. No lo necesitan. Su forma de propagación es tan efectiva que se pueden adueñar de cualquier lugar en cuestión de días sin tener que recurrir a la violencia.

(Todo esto, por supuesto, son conjeturas muy apresuradas, pero aunque quedan muchos cabos sueltos, tienen sentido para mí. A ver si se las puedes mandar a quien sea que vaya a investigar lo que pasó aquí).

El reloj de mi celular decía que eran las 6 de la tarde cuando finalmente acepté que probablemente no había nada que yo pudiera hacer para vencer a esta cosa y decidí meterme a mi cuarto. A esa hora, además, ya se estaba empezando a calentar el vestíbulo.

Ya acostado, sin embargo, recordé que tenía conmigo las 6 latas de insecticida en aerosol. El calor que había sentido unas horas atrás, cuando intenté entrar al pasillo de las escaleras, me hizo saltar nuevamente de la cama para ver qué iba a hacer con ellas para que no me explotaran (fue raro ese impulso, ahora que lo pienso, pero tal vez fue algo bueno).

Atravesé nuevamente el vestíbulo en el que los Hilos continuaban en silencio con su invasión y me dirigí hacia uno de los cuartos contiguos. Abrí la ventana, tomé dos latas de aerosol y las lancé a través de ese horrible tejido. Salieron hacia el patio sin mayor dificultad. La tercera, por su parte, pegó justamente en uno de los

barrotes de hierro, trozando con el golpe algunos hilos antes de caer hacia abajo.

Me apresuré a cerrar la ventana antes de que se metiera algún fragmento, y mientras oía otra vez ese “¡Auuuuuunnnng!”, me quedé pensando en los barrotes... Si no fuera por ellos, porque son demasiado angostos, ya me habría aventado por la ventana y me habría ido lejos, muy muy lejos. A tu pueblo, por ejemplo. Pensé cómo en realidad a mí nunca me gustaron esos barrotes que mandó a colocar mi abuelo cuando yo estaba muy chico y que luego yo, aunque sí lo pensé varias veces, nunca tuve tiempo de quitar, porque cuando mi abuelo murió todos se fueron de aquí y me dejaron solo en esta casa que es demasiado grande para una sola persona...

Eso me dio una última idea: tomé las últimas latas de aerosol y, abriendo la puerta del vestíbulo, arrojé la más vacía al pasillo de las escaleras. Luego cerré, coloqué bien la toalla en la rendija y me metí a mi cuarto con las dos que me quedaban, llenas. Una vez bien encerrado aquí, las coloqué con cuidado en las esquinas de mi ventana.

Si tengo mucha suerte, el calor podría hacerlas explotar y romper el cemento en el que están sujetos los barrotes, y entonces sí, yo podría saltar por la ventana y tal vez no hacerme demasiado daño al caer.

Me hice una barricada con mi cama en una esquina del cuarto y me quedé dormido en el suelo.

Según el reloj de mi celular, desperté a las 6 de la mañana y desde entonces te estoy escribiendo este correo. No tengo otra cosa que hacer.

Cada vez hace más calor.

Te amo, Marta, y no sabes cuánto me arrepiento de no habértelo dicho nunca antes. Eres la mujer más linda, inteligente y talentosa que he conocido en mi vida. Estoy enamorado de ti desde antes de conocerte en persona y desde entonces no ha pasado un solo día que no piense en ti. Te juro que si salgo vivo de esta te voy a ir a ver a tu pueblo.